

LOS PRIMEROS AÑOS SON LOS MÁS DUROS: LA EXPERIENCIA DE OGDEN LINDSLEY

Una selección de: Edson Escalante de la entrevista realizada por Philip J. Hilts en 1974 y publicada en Behavior Mod por Harper's Magazine Press.

Alrededor de 1952, se consiguió franquear el puente que separaba al animal del hombre.

Entre los primeros que efectuaron esta incursión en el campo de la conducta humana se encontraba el doctor Ogden Lindsley, el adiestrador de ratas levantadoras de pesos y uno de los discípulos de Skinner.

Le llaman Og el Loco, y es algo así como una leyenda entre los actuales estudiosos de la conducta. Ha cumplido ya cincuenta años, y tiene hebras plateadas en su breve perilla y en las inhiestas guías de su bigote. En los veinte años transcurridos desde que inició su tarea, ha publicado tal cantidad de trabajos, que éstos le llegarían más arriba de la mitad de sus largas y delgadas piernas.

Tiene su oficina en una diminuta y abarrotada habitación de Lawrence, en Kansas. Se inclina hacia su visitante, sentado en una crujiente butaca giratoria, interrumpiéndose para buscar entre sus montañas de papeles las gráficas que explican algún punto importante. Revuelve los montones de ideas que se acumulaban en su mesa y en el suelo que la rodea. No tarda en encontrar lo que busca, pero para entonces ya se ha enzarzado en la discusión de otro punto. Levanta hacia su visitante sus ojos azules, que brillan como un faro. “¿Dónde estábamos?” En cierto modo, es la imagen misma del sabio canoso y respetable, absorto, pero algo distraído.



Pero es también Og el Loco, que aparenta tener menos años de los que tiene y **uno más entre esta especie de activistas científicos, llamados controladores de la conducta.** Tiene el rostro bronceado, de aspecto saludable. ¡Y su cabello! Largo y fino, ondulado, le cae sobre las orejas al estilo moderno, muy cuidado, que parece como si acabaran de arreglárselo en una peluquería juvenil, como si se tratase de una estrella de Rock. Og el Loco conduce un Mercedes amarillo y de manera muy poco científica le explicará al primero que llegue cómo debe preparar su cabeza para escuchar el rock más estrepitoso con su equipo estereofónico de alta fidelidad.

Este estilo de vida extrovertido parece dar la razón a los que le apodan Og el Loco. Pero detrás de este nombre hay algo más que eso. Su dueño ha nadado a contracorriente durante toda su carrera, incluso en aquellos lejanos días en que estudiaba con Skinner. Cuando nadie se atrevía a abordar una idea, venía Og el Loco y se enfrentaba resueltamente con ella. Cuando estas ideas prendieron, Og el Loco se desentendió de ellas y se metió en otro campo virgen. Y lleva sus atrevidas ideas hasta sus últimas consecuencias, llevando la valija en su propia diligencia, que es su cerebro, con los indios pisándole los talones...

Lindsley ya no se encuentra en su crujiente butaca giratoria de su diminuta oficina. Está hablando de hechos acaecidos a principios de 1951. Era un graduado universitario que acababa de abandonar su campo —electrofisiología— para trabajar con Skinner en Harvard; el intrigante hombre que era atacado por sus extraordinarias ideas sobre la manipulación de la conducta. La controversia excitó al estudiante Lindsley,



—Mi primer trabajo como ayudante de Skinner fue con las ratas levantadoras de peso— dice él. (Se trataba de demostraciones para enseñarles a los estudiantes el poder del condicionamiento de la conducta) —. Los estudiantes quedaban asombrados... En unas tres semanas, tuve tres ratas que empujaban un peso proporcional al doscientos cincuenta por ciento del peso de su cuerpo. Desarrollaron unos músculos fantásticos¹.

Pero el espectáculo de las ratas levantadoras de peso no estaba dedicado tan sólo a los estudiantes.

—De muchacho me crie en una granja —explica Lindsley.

Creció en una granja de trescientos setenta y cinco acres situada en Rhode Island, y, un día, cuando aún era un muchacho, capturó algunas crías de marmotas.

—Traté de entrenarlas para presentarlas en la feria del condado. Lo pasé muy mal. Me mordisquearon y... bien, logré que hicieran algunos trucos, tales como sentarse sobre sus patas traseras. Pero no fue nada parecido a lo que el condicionamiento operante de la conducta puede lograr... ¡Jamás había conseguido tal control sobre los animales! Puedo conseguir que estas ratas levanten un peso... Dios mío... *seiscientos gramos*. Todo esto me impresiona tanto...

La experiencia del control total era excitante, pero su mente ya estaba explorando otros caminos.

¹ Lindsley tenía a cada rata en una caja que contenía una palanca para levantar pesos y un pequeño depósito para la comida. Cada vez que la rata empujaba la palanca, ésta golpeaba un minúsculo botón que dejaba caer una pequeña cantidad de comida en el depósito. En términos de conducta, la conducta de las ratas levantadoras de peso era reforzada, o premiada, con comida. Cualquier conducta que es reforzada tiende a ser más frecuente en el futuro. La rata empuja la palanca, es “reforzada” y sigue empujando la palanca con más frecuencia.



—“Siempre había pensado en la posibilidad de poder trabajar con seres humanos. Después de las ratas comencé a trabajar con perros ya que estaba tratando de acercarme más y más a los seres humanos— dice Lindsley.

Ya había hecho algunos trabajos preliminares con su hija Cathy. Fue criada en una cuna de aire con temperatura controlada y a prueba de sonidos inventada por Skinner.

—“Por aquel tiempo tan sólo unas sesenta personas lo habían hecho con sus hijos. Pero lo que nadie había hecho había sido colocar juguetes en su interior y grabadoras (registradoras de conducta). Nadie había recogido datos de conducta en dichas cunas. Colgué sonajeros, le proporcioné botones que al ser pulsados encendían luces, así como los que controlaban sus propias luces. Luego registré todos los datos que ello me proporcionó. Descubrimos que todas las leyes que habíamos encontrado en las ratas y en las palomas eran ciertas...

Durante la segunda guerra mundial, sufrió las consecuencias de la vida en un campo de prisioneros, y cuando comenzó a trabajar en los problemas de la conducta tan sólo unos pocos años después, tenía la idea de trabajar con seres humanos.

—“Toda mi lógica se basaba en que si no funcionaba con los seres humanos, todo se reducía a una característica animal. Si así ocurría tendría que abandonarlo y entrar en la religión. Después de haber estado prisionero tenía la necesidad de hacer algo para ayudar a que la gente cambiase.”



—“Mi plan consistía en intentarlo durante cinco años y si una vez transcurridos estos no lograba entender a la gente mejor, o por lo menos ayudarlos, lo dejaría correr todo. Abandonaría el condicionamiento operante y me dedicaría a algo más apropiado para la gente.

Aquellos primeros años, cuando los conductistas comenzaban a aplicar sus ideas en los seres humanos, fueron los más duros.

—“Fuimos criticados por todos. Asistías a una reunión y la gente decía, “Mira, por allí viene este picoteador de palomas”. Se ponían a tu espalda y decían, “Ditditditdit...ditditdit”, que era el sonido producido por las registradoras (de conducta) que utilizábamos. Los viejos amigos ni siquiera me dirigían la palabra. Y los que eran realmente amigos me decían que estaba cometiendo un suicidio profesional.

Pero la mayoría de los ataques no pasaban de ser simples bromas, ya que casi todos creían que el punto de vista de la paloma mecanizada no daría resultados cuando se aplicase a los seres humanos.

En Harvard, no obstante, había un reducido grupo de seguidores convencidos que eran conocidos como los del “PIGEON STAFF”. La mayoría eran graduados universitarios que trabajaban en el laboratorio de Skinner. La facultad de Harvard estaba en contra de las ideas de conducta skinnerianas, y según Lindsley, “y los estudiantes se encontraban cogidos en el medio, por lo que algunos tenían que abandonarlo. Yo fui uno de los pocos estudiantes que me negué a dejarlo y en consecuencia mi título fue retenido durante un largo periodo de tiempo y tan sólo lograba conseguir calificaciones muy pobres... Como en los cursos del profesor Boring.”



—Boring preguntaba, “¿Y qué es la conducta?” Esperaba que le respondieses diciendo, “Es algo muy complicado”; lo que le daba pie para añadir, “Muchos dicen que la conducta no es más que convulsiones musculares y glandulares”, y luego pasábamos tres horas intentando probar que era algo más que eso. Después se paseaba por la clase y preguntaba, “Bueno, ¿qué es la conducta?” Cada estudiante respondía, “Es algo muy complicado...” Entonces se acercaba a mi mesa y yo le decía, “Convulsiones musculares y glandulares”. Me dio un menos B.

Og el Loco adoraba las presiones que provenían de la controversia. Pero a pesar de ello no estaba muy seguro de que los principios de control de la conducta tuviesen éxito con los seres humanos.

—Siempre tenía otros caminos preparados. Mi plan consistía en que si todo salía mal y no podía trabajar con seres humanos, mientras seguía pensando cómo podría volver a trabajar con la gente en algún otro campo, siempre habría un aspecto del condicionamiento operante que no había sido explorado... una manera de sobrevivir mientras decidía cual sería el próximo movimiento. Podríamos entrenar animales ofreciéndoles tan sólo una recompensa: tan solo era necesario encontrar el premio que a ellos les gustaba, recompensarlos rápidamente, inmediatamente y remotamente. Nosotros nunca estábamos en la caja con los animales... Yo acostumbraba a decirles a los estudiantes que si en la luna existiesen unos seres malvados que radiasen enfermedades, todo lo que tendríamos que hacer sería enviarles unos depósitos de comida desde la tierra y entrenarlos utilizando dicha comida como recompensa a la conducta.

—Así que mi plan en caso de que todo saliese mal consistía en abandonar la escuela graduada, y conseguir un trabajo en Ringling Brothers... Nadie había hecho nada con



gorilas, a excepción de ponerlos en una jaula para que diesen saltos y volteretas propios de un gorila. Pero nadie había logrado que un gorila bailase o tocase el piano o hiciese cosas por el estilo. Y entonces, pensé ¡qué idea!... tan sólo tengo que poner un depósito de comida indestructible en el interior de la jaula y todo lo que yo tendría que hacer sería situarme fuera de la jaula de cristal y hacerle hacer cualquier cosa...

–Trataría de conseguir un trabajo en Ringling Brothers, y si ya había obtenido el diploma, bien, lo vendería y tan sólo tendría que ponerme la capucha carmesí de Harvard y... ¡Profesor Lindsley y Gargantua! Y cuando estuviésemos en el centro de la anilla, Gargantua comenzaría a demostrar su conducta...

El profesor no tuvo necesidad de entrar en el circo. **Resultó que los seres humanos eran tan susceptibles a las leyes de conducta como los gorilas.** En el que quizá fue el primer experimento con seres humanos, Lindsley trabajó con enfermos mentales del hospital de Massachusetts.

Cada día, durante una hora o más, los ponía en una habitación que imitaba perfectamente las cajas que Skinner utilizaba para entrenar a las palomas y a las ratas. Las recompensas que caían en el depósito incluían comida, dinero, caramelos y oportunidades para recompensar a otra persona.

“Les hacíamos tareas distintas. La más simple de todas consistía en empujar un émbolo; la más complicada: yo había acoplado dos habitaciones y para conseguir la recompensa, los que se encontraban en dichas habitaciones tenían que apretar los botones simultáneamente... Tenían que empujar las palancas con una diferencia de tan sólo ciento veinticinco milésimas de segundo. Se quedaban de pie mirándose ansiosamente y diciendo, “¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!”



Así que se había logrado; se había comenzado a trabajar con seres humanos. Lindsley experimentó con enfermos mentales durante algunos años y como resultado obtuvo cientos de gráficas de conducta. Los esquemas de las gráficas —las líneas rectas, las ondulaciones y las quebradas— se asemejaban a las de las palomas y de las ratas.

Los ataques contra los conductistas seguían produciéndose. Lindsley dice:

—“La gente decía cosas como, “¿Qué pasó con Og? Bien, comenzó a trabajar con los perros y luego se volvió loco. Se necesita un psicótico para trabajar con otro psicótico”. Era un tipo de conversación puramente negativo.

Pero desde aquellos años —los cincuenta—, los años de los comienzos del control de la conducta con seres humanos, las cosas comenzaron a desarrollarse rápidamente. Otros también se dedicaron a experimentar con personas; también comenzaron con los psicóticos debido a que sólo conseguían permiso para trabajar con ellos. Más tarde pudieron experimentar con niños retrasados, prisioneros, delincuentes juveniles y casos similares.

En una ocasión, los conductistas experimentaron con una muchacha retrasada llamada Sue. Sue era incapaz de hablar formando frases, tampoco podía nombrar objetos; tan sólo podía imitar muy vagamente los sonidos de otras personas. Le era imposible caminar, así como hacer el más simple ejercicio con sus manos. Se le hicieron unas pruebas para determinar su inteligencia y el resultado obtenido fue un cero. El futuro de Sue estaba garantizado; pasaría el resto de su vida como un vegetal en cualquier rincón de una institución mental.



Los conductistas comenzaron con un entrenamiento del lenguaje. Uno de ellos decía una palabra y si Sue lograba repetirla era recompensada con caramelos, unas palmadas en la cabeza y un cumplido. Gradualmente comenzó a distinguir objetos por su nombre motivada por la recompensa, más tarde logró formar algunas frases cortas también inducida por el premio. Pero a pesar de que estaba incrementando su habilidad verbal, seguía sin poder caminar y los músculos de sus piernas eran delgados y estaban atrofiados. Los conductistas le proporcionaron una bicicleta de ejercicios y comenzaron a recompensar a Sue tan sólo por sentarse en el sillín de la bicicleta. Cuando ya lo hacía regularmente, instalaron en su habitación un depósito automático de caramelos. Cada vez que ella pedaleaba la ruda daba cinco giros, recibía un caramelo. Cuando logró hacerlo expertamente, arreglaron el aparato para que tan sólo reforzara cuando ella hubiese pedaleado un número mayor de veces. Las piernas de la muchacha seguían siendo muy débiles, por lo que se habían arreglado los pedales para que representasen el mínimo esfuerzo. La siguiente táctica de los conductistas consistió en aumentar lentamente la resistencia de los pedales. Después de unos cuantos meses de práctica, las piernas de Sue se habían desarrollado considerablemente. Pasaba varias horas del día pedaleando en la bicicleta, tragando caramelos constantemente.

Los conductistas siguieron modificando su conducta y finalmente consiguieron que pedalease la bicicleta sin ninguna recompensa. Su habilidad verbal se había desarrollado. Por último, cuando abandonó la institución mental, su coeficiente de inteligencia era suficiente para que pudiese asistir a una escuela pública.



En los años sesenta, cuando las revueltas de los ghettos, los movimientos feministas y otras maravillas de la incredulidad moderna, los controladores de conducta expandieron sus campos de acción. Pasaron a trabajar en las clases de las escuelas públicas, en los hogares normales, en los negocios y en el ejército. A principios de los setenta, ya era un campo prolífero que no tenía ninguna verja de sujeción. Los únicos límites a sus prácticas eran los de siempre, aunque incluso algunas de estas resistencias clásicas se estaban debilitando.

—El mayor problema que encontrábamos al trabajar con la gente, dice Lindsley— no estaba en el método ni en la misma gente, sino en la resistencia de aquellos que también trabajaban con la gente. Entre los investigadores y terapeutas había muchos que tenían intereses especiales en otras técnicas y no te dejaban acercarse a la gente.

Con el tiempo recibió el nombre oficial de “modificación de la conducta”, y quienes la practicaban eran conocidos como el “escuadrón de modificadores”. Interrumpidos con las constantes preguntas sátricas que provenían del exterior del santuario e inspirado por el regular y casi monótono “¡Funciona!”, el escuadrón de modificadores desarrollaron un evangelismo muy peculiar. Debido a que no había graduados en modificación de conducta y ningún tratado que pudiese explicar la técnica, los miembros de la escuadra de modificaciones eran conversos de otros campos que comprendían que las modificaciones de la conducta daban resultados positivos y por lo tanto se sintieron interesados por su eficaz poder sobre la conducta.



El doctor R. Vance Hall, que en la actualidad está trabajando en la Universidad de Kansas, fue uno de los primeros conversos. Hall es un hombre pequeño de maneras amistosas. Con sus claros ojos y su sonrisa abierta, fácilmente podría ser tomado por un jefe de patrulla de los Boy Scouts. Antes de dedicarse a la modificación de conducta era maestro de escuela.

—“Me sentía muy frustrado por mi incapacidad para resolver los problemas que se presentaban en la clase. No es que yo fuese un mal maestro; yo era un buen maestro —dice Vance Hall.

Pero como todos los maestros se encontró con unos cuantos niños a los que no podía ayudar. No existían leyes ni técnicas que pudiesen solucionarlo. Los educadores y los psicólogos tan sólo ofrecían teorías.

—“Estudié psicología y no encontré nada que pudiera ayudarme. Finalmente encontré la modificación de la conducta....

